

El paradero

Acuérdate manito. Baja tú memoria. Despacio. En silencio. Un plástico torcido. Una ventana sin bandera. Un humo sin recuerdo. Una casa sin paredes. Creo que ya llegamos... Ahí está... ¿La puedes ver? Una piedra. Cierra tu cuerpo y acuérdate. Debajo de este día, desapareció la Rosario. La luna estaba vestida de rojo y el chasquido de los patos volaba rumbo al norte. Llevaban la noticia. Mi hermano vivía allá. Se fue cuando apenas era niña. Y nosotros aquí. Esperando. Mi tía dijo que se la llevó la luna llena y que deberían de echar la baraja para saber su paradero. Esto hace ya mucho y todavía me acuerdo. Nosotras éramos buenas amigas. Íbamos juntas a la secundaria. Casi siempre hacíamos la tarea en su casa porque sus papás no la dejaban ir a la mía.

Ella era tímida y no le gustaba jugar a las escondidas. Sus ojos eran envidia de todas porque en ellos se miraban los muchachos. Tenía el pelo rizado, los labios delgados y una sonrisa coqueta. Nunca tuvo novio y odiaba los días de menstruación. Cuando nos bajaba la regla, se ponía amarilla y decía que el olor a sangre podrida la hacía sentirse delgada.

Siéntate aquí si quieres.

Aquella tarde, fuimos las dos al molino y cuando pasamos cerca a la iglesia, se hincó para rezar un rosario. Luego nos fuimos hablando de los quince años que le iban a festejar. Cuando llegamos a la casa, yo me puse a jugar con los vecinos y ella se fue a preparar la cena.

Se dieron como las diez cuando cada quien se fue para su casa. Después de un rato, llegó su hermano preguntando por Rosario, pero no encontró sus huellas. La novedad corrió por la azotea despertando a los vecinos. Los burros rebuznaron con más fuerza para empujar las oraciones que a duras penas encumbraban las paredes. Los perros de allá abajo ladraron toda la noche como si estuvieran siguiéndole los pasos.

Lo que nunca supo la gente es que su padre abusaba de ella. Me lo dijo en secreto por eso es que nunca se lo dije a nadie y ahora que han pasado los años siento que sus palabras se me revientan. Hay noches que la sueño en la esquina vendiendo su cuerpo a los perros y se me acerca para tirarme un pedazo. Yo me devuelvo corriendo, buscando la iglesia pero no la encuentro.

Como han pasado los años y la Rosario me escupe en la cara, me saca los ojos, y me corta la lengua. No sé lo que quiere porque juramos ante la Virgen guardar el secreto. Cada vez que diviso su casa, se pone a gritarme de cosas por la ventana. Me

dice que soy débil y que debería cortarme las venas. En mi agonía, cierro los ojos y me pierdo en la tierra.

La que sufre es la madre. En los domingos, se levanta temprano para ir a la iglesia. Primero, se venda los ojos, se hinca en las piedras y comienza sus rezos. En su pecho, cuelga un retrato y en sus manos la cruz del olvido. Se arrastra por dos cuadras enteras hasta llegar a la iglesia. De lejos, se escucha su llanto que anuncia la muerte.

Nadie sabe del paradero de la Rosario. Dicen que aquella noche la vieron correr por las calles. También aseguran que la han visto llegar a la casa vestida de blanco. Todos ven pero nadie sabe el destino que lleva adentro. Se fue como el viento que arrastra a las hojas de los ciruelos y se perdió en las notas de una guitarra desafinada.

Por las tardes que pasa su padre, me agarro una piedra para acabar con mis ansias. Sus pasos son grandes y apresurados como si una sombra lo viniera siguiendo. Voltea a mirarme enajenado y descargo la piedra en sus oídos. Sabemos los dos de las manchas que esconde dentro y le clavo una aguja en la mirada para sacarle el silencio.

Yo ya se lo dije. El día que lo encuentre lo vamos a matar. Porque ya no aguanto. Se me retuercen en el alma y quiero sacarlos. Quiero sacarme su mirada. Quiero vivir sin saber nada y tirarme a soñar como una hormiga. Y es que envidia a las plantas, a los gatos negros y a las mariposas. ¡Ah! Rosario, si tú supieras. Hoy, ya no queda nada. Se ha perdido todo. Y es que estamos esperando a que salga la luna.

Anoche llegó mi hermano. Vino del norte y lo traje hasta aquí a verte. Dice que el pueblo ha crecido y preguntó por el río Balsas. Yo se lo dije en silencio para que no me oyeran las palabras. Amiga, sigue tu marcha sin detenerte y olvida los perros que te ladraron aquella noche. Del paradero luego me cuentas. Que al cabo que para allá vamos todos.

Vámonos. Cuidado con las piedras que ahí puede estar. Mañana amanecerá nublado. Es probable que vuelva. ¿Y tú, cuándo regresas?

Crescencio López
The University of Arizona

Crítica

En este cuento, Crescencio López hace magnífico uso de imágenes fantasmagóricas reminiscentes del *Pedro Páramo* de Juan Rulfo para construir un mundo donde los vivos y los muertos conviven. El descenso al inframundo es claro, un lugar donde el sonido se escucha como en los sueños, dentro de cada personaje.

Como hemos visto en los cuentos de López, la muerte es uno de los temas recurrentes en su literatura. La narradora relata la historia de Rosario, la joven desaparecida, su amiga

Crescencio López

de infancia, con quien compartía los pensamientos más personales, hasta el abuso del padre que acabó con ella.

La narración se dirige a varios destinatarios, primero el hermano recién llegado del norte y después la misma Rosario, alma en pena. Como es común ver en los cuentos de López, el lenguaje reproduce el habla de la clase popular para así dar tono más realista al relato. El mundo creado en “El paradero” muestra la agonía de los sobrevivientes así como de los mismo muertos quienes conviven en este sitio agónico, desolado y rocoso y quienes van hacia el mismo lugar... la muerte que es el paradero final.

Abigail Sotelo

